

Corbin recuerda que también el mito se encuentra en el salterio maniqueo, como pone de manifiesto este bello pasaje: «Oh alma, alma, acuérdate de tus Eones... Oh alma, ¿de dónde vienes? Vienes de las alturas, eres una extranjera en este mundo, sólo provisionalmente estás en la tierra de los hombres... tu morada, tus tabernáculos de alegría, están en las alturas. Tienes tu verdadero padre, tu verdadera madre, tus verdaderos hermanos... Oh alma, no te olvides de ti misma, pues alerta están los cazadores de la Muerte. *Capturan los pájaros... les rompen las alas*, a fin de que no puedan retornar a sus paraísos. Oh alma, levanta la cabeza, regresa a tu patria... Oh alma, alma, acuérdate de tus Eones»²⁰.

Este aspecto de provisionalidad de la vida en el mundo queda perfectamente resumido en el consejo del profeta Muhammad: “Sé en este mundo como un extranjero o como alguien que va de paso”²¹. Sin embargo, este precepto se combina con otro que hace referencia a la necesidad de hacer de la perfección el objetivo en todos los actos terrenales. Allí, el yerno del Profeta, resume esta guía de la siguiente manera: “Trabaja para este mundo como si fueras a vivir siempre, y para el otro como si fueras a morir mañana”²².

Esta premisa del exilio espiritual implica pues la idea del retorno progresivo al estado original de felicidad y perfección, cuyas etapas están marcadas por las estaciones (*maqāmāt*) que experimentan los adeptos que se adentran en la Vía mística y que se esbozarán más adelante.

Disposición humana original y necesidad de auto trascendencia

Encontramos en el Corán una significativa aleya sobre la doctrina de la preexistencia de las almas, según la cual cuando éstas fueron creadas reconocían a Dios como único Señor verdadero: “Y cuando tu Señor sacó de los riñones de los hijos de Adán a su descendencia y les hizo atestiguar contra sí mismos: «¿No soy yo vuestro Señor?» Dijeron: «¡Claro que sí, damos fe!». No sea que dijerais el día de la Resurrección: «No habíamos reparado en ello»”²³.

Según esta alianza original entre el hombre y Dios, conocida como el “Día de *Alast*”, está en la naturaleza primordial de las almas el reconocer a Dios como única divinidad, y este reconocimiento tomó la forma de un Pacto hecho con Dios por los futuros descendientes de Adán antes de que accedieran a este mundo, es decir, en una existencia preterrenal; así, el día de la Resurrección las almas deberán dar cuenta de la fidelidad a ese testimonio. Sin embargo, aunque las almas tienen esta disposición original latente en su interior, en su estado de caída el olvido se impuso al recuerdo de aquel encuentro originario. En su situación de alejamiento, el alma no reconoce que el mundo entero es epifanía de Dios, pues no puede percibir esta verdad por los sentidos corporales, y entonces permanece atrapada en un mundo que es sólo apariencia y símbolo.

Esta disposición original con la que fueron creados los seres humanos corresponde al término coránico *fiṭra*. El pensador andalusí Ibn ʿArabī (1165-1240), otro de los grandes místicos sufíes cuya obra es aquí referente fundamental, identifica esta disposición humana primordial con la suma de atributos de perfección que posee el espíritu humano en el momento de su creación: “Cuando Dios creó el espíritu humano, lo hizo perfecto, plenamente desarrollado, racional, consciente, con fe en el *tawḥīd* de Dios, reconocedor de Su señorío. Ésta es la disposición original de acuerdo con la cual Dios creó a los seres humanos”²⁴. Ibn ʿArabī alude así al conocimiento innato, a la fe original con que Dios creó al ser humano.

Y es precisamente la disposición original o *fiṭra* la que impulsa hacia la búsqueda espiritual. Aunque en el estado de caída el ser humano vive en una situación de olvido, éste no llega a ser lo suficientemente fuerte para erradicar por completo su deseo de trascendencia. El ser humano vive en estado de olvido; sin embargo, existe en él una inquietud latente, una insatisfacción que intenta erradicar con lo finito de la vida del mundo, como afirma el Corán: “Aquellos que no esperan encontrarse con Nosotros y se satisfacen con la vida de aquí, acallando su inquietud con ella; así como aquellos a los que les tienen sin cuidado Nuestros signos”²⁵. Esta inquietud se debe a que

existe una disposición interior para conocer lo elevado. Por ello el hombre es un conocedor o *gnóstico* en potencia, del que Rūmī dice: “Su asiento, hogar y residencia es el trono de la conciencia profunda que aspira a lo elevado”²⁶.

Hosein Nasr expone con claridad en una de sus obras esta perennidad de la búsqueda mística: el hombre viene de una situación elevada y ha caído de esa perfección innata que ya no puede, sin embargo, olvidar. Puesto que lleva desde un principio la impronta de la “forma divina”, es decir, puesto que posee la naturaleza teomórfica que indica el hadiz (*ḥadīṯ*)²⁷ “Dios creó al hombre a su propia imagen” (*jalaq Allāh Ādam ‘alā ṣūratihī*), tiende a querer trascender su situación meramente humana, aunque a menudo lo haga por caminos equivocados. Ambos elementos, la naturaleza teomórfica y la corteza terrenal, que cubre y esconde este núcleo espiritual, son parte de la constitución humana, y por eso el hombre vive en este mundo y, no obstante, está obligado a trascenderlo por su propia constitución. Ser humano significa querer trascender lo meramente humano²⁸. Cabe apuntar aquí que este anhelo permanente corresponde, en términos propios de la psicología jungiana, a la “función trascendente de la psique”, que busca la perfección mediante la unión de la conciencia con los contenidos inconscientes de la mente, y por la cual el hombre puede conseguir su más elevada finalidad: la plena realización del potencial de su alma o “sí-mismo” individual²⁹.

En el Corán se insta a los seres humanos a recuperar esta fe primordial y se pone como modelo a Abraham, con relación al cual aparece otro término coránico, *ḥanīf*, que designa a la persona que posee tal fe primordial: “¿Quién es mejor, tocante a religión, que quien se somete a Dios haciendo el bien y sigue la religión de Abraham, que fue *ḥanīf*? Dios tomó a Abraham como amigo”³⁰. Asimismo, el Corán insta directamente al profeta Muhammad a mantener esa forma de adoración: “Mantén tu rostro sin apartarlo de la Adoración primigenia, como *ḥanīf*. La marca original de Allāh, con la que ha marcado a los hombres al crearlos. No se puede reemplazar la creación de Allāh. Esa es la forma de adoración genuina, sin embargo la mayoría de los

hombres no sabe”³¹. Según Chittick, los comentaristas suelen interpretar esta aleya en el sentido de que, al ser creados, los seres humanos veneraban a Dios de la manera apropiada³².

Recuperar esta disposición original que tiene en estado de semilla en su interior es lo que llevará al hombre a viajar, o más bien, a regresar del estado de separación, que es fuente de toda enfermedad, al estado de unión, que es fuente de salud y de toda dicha. Sin embargo, para hacerlo es preciso que el alma aprenda a interpretar el mundo simbólico en el cual vive y que erróneamente toma como real. La sabiduría consiste precisamente en este conocimiento que es liberador, pues proporciona el conocimiento y experiencia directos de los objetos de la fe. Según refiere Corbin, el momento en que el alma se descubre como extranjera en esta gran “cripta cósmica” que es el mundo está en sincronía con la aparición del Yo superior, que actuará de guía para sacar al alma de la prisión. La exégesis simbólica será el camino de vuelta y el medio liberador³³.

La Unidad del Ser y sus planos ontológicos

En el Corán aparece una relevante aleya ampliamente citada en los textos sufíes: “Adondequiera que os volváis, allí está la faz de Dios”³⁴. Es esta una premisa fundamental según la cual la creación entera es Epifanía (*taýalli*), es decir, paso del estado de ocultación y de potencia al estado manifestado y revelado. El mundo es considerado así como un símbolo o metáfora que revela a Dios a la vez que lo esconde; como apunta Corbin: “El universo entero de los mundos es a la vez Él y no Él (*buwa lā buwa*). El Dios manifestado en las formas es a la vez sí-mismo y otro que sí-mismo, puesto que siendo manifestado, es el limitado que sin embargo no tiene límite, el visible que sin embargo no puede ser visto”³⁵. Es decir, las cosas del mundo son y no son Dios, porque Dios es inmanente y trascendente al mundo. Según esto, el Amado único se muestra en una Forma que es su epifanía, que al mismo tiempo le oculta, pues él está todavía más allá. El concepto de *taýalli* o autorevelación es así